

LO QUE OCURRIA EN EL PALACIO DEL REY

Mientras Buda pronunciaba su primer sermón en Benares, en otra latitud, en la populosa ciudad de Kapilavastú, un recién llegado caballero se presentó al palacio del rey...

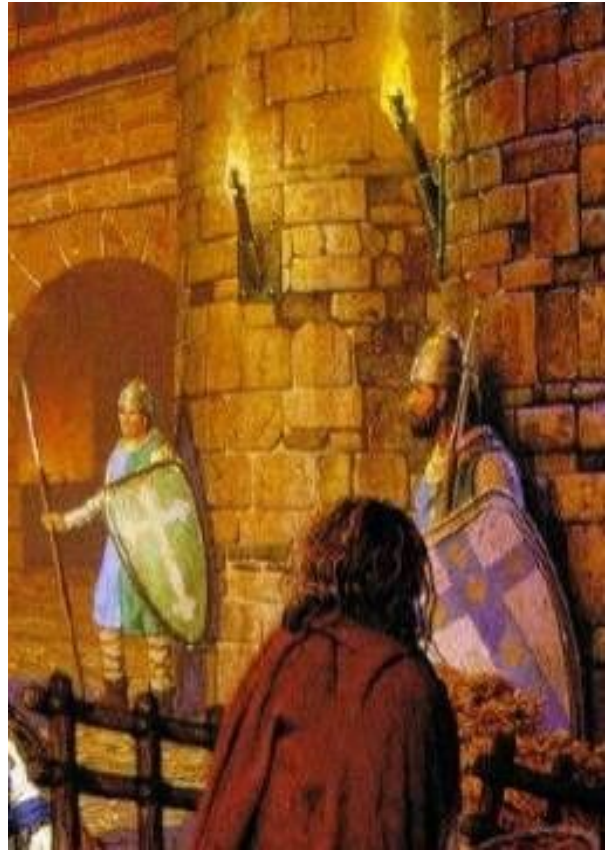
—¡Sé en dónde se encuentra el príncipe y vengo por la recompensa que ofreció el rey a quien denunciara el paradero de su hijo muy amado!—propuso el forastero.

De inmediato fue atendido por la princesa Yasodara quien, con una emoción que no cabía en su pecho, escuchó la historia del enigmático hombre, el cual, tembloroso y jadeante, así le habló:

— ¡Lo vi! Atravesó la llanura de la muerte cabalgando en un caballo celestial que, luego de dejarlo cerca de Benares, voló hacia las nubes.

—Era un gigante corcel negro venido de otro mundo; por eso el príncipe ya no es Sidarta sino Buda.

Tal fue el confuso relato de Baltika el cual, asustado por encontrarse frente a una princesa de verdad, y con el delirio de ganarse una fortuna, temblaba como una oveja recién esquilada.



—Cómo sería su estupor cuando al alzar su vista **se encontró con la fría y severa mirada de Su Majestad, el potente Rey Sudodana.** En esa férrea mirada el infierno se le apareció a Baltika y escuchó una atronadora voz que le congeló las fibras:

—Si lo que dices es cierto, tu bolsa se llenará de oro; si no es cierto, tu cuerpo se llenará de agujeros.

—Es verdad, “reverendo”, —dijo el ignorante Baltika con su voz entrecortada por el miedo, y agrego:

—Yo mismo le brindé generosamente el alimento y, sin ningún interés, le ayudé a atravesar el desierto espinoso antes que alcanzara el mundo de Brahma de donde regresó en un caballo celestial.

— ¡Dónde se encuentra el príncipe ahora! —**Tronó el rey desconfiadamente.**

Baltika difícilmente pudo responder; el guardia mayor lo había obligado a hincarse y, con su bota guerrera, le aplastaba la cabeza contra el suelo haciéndole morder el polvo.

—Se encuentra en el bosquecillo cerca de Benares. No pudo hablar más porque su lengua limpiaba el piso.

— ¡Encierren a este gusano! —Ordenó el rey— y envíen a los mejores jinetes a comprobar la dudosa noticia. Si es cierto, denle oro a esta basura; pero si lo que dijo es falso...

El rey extendió el dedo pulgar de su mano izquierda hacia abajo y se retiró.

Sus órdenes serían cumplidas de inmediato. La ambición sin freno de Baltika comenzaba a dar sus amargos frutos. Mientras el vendedor de la noticia era encerrado, cuatro veloces jinetes se dirigieron a Uruvilva.

EL AMOR Y LA SABIDURÍA

Como la noche espera la aurora, así la princesa esperaba a su príncipe. Confundida, pensaba: —El mensajero habla de un caballo negro y, si mi amado príncipe aún viviera con su Kantaka, éste era blanco.

La dulce madre frunció sus cejas para evitar desbordar su llanto. El manantial del tiempo fluía lentamente sin traer en su corriente una noticia refrescante.

El mensajero, en vez de encender la chispa de la esperanza en el alma de Yasodara, sembró la espina de la incertidumbre en lo profundo de su corazón.



Por su parte Baltika, encerrado en un frío, húmedo, oscuro y maloliente socavón, ya tenía las mejillas manchadas por sus lágrimas. Cabizbajo pensaba

—Por dinero vendí la parte de Sol que me tocaba.

—He realizado el sueño de mi vida el estar de huésped en un palacio y haber tratado con la realeza. ¡Ya lo hice pero estoy al borde de una muerte lenta y cruel!

En su cabeza se agitaban sombras de extraños recuerdos. A su mente acudió la imagen del Majestuoso Buda.

Sintió un remordimiento inmenso y lloró amargamente su insensatez.

Recordó que había tratado de humillar al príncipe cuando lo creyó un mendigo y sólo recibió palabras dulces de él.

Las sabias enseñanzas que escuchó de Sidarta reverberaron en su mente y, por el efecto del dolor y la inminente proximidad de su muerte a manos de los soldados del rey, comenzaron a atravesar la dura roca de su alma mundana e interesada. Por las noches lo sacudían sombras malhechoras y visiones estremecedoras.

Una noche fría de crudo invierno Baltika experimentó un terrible sueño. Vio bajar desde una nube purpúrea un alado caballo azul. Se asomó por la claraboya que daba donde se encontraba el prisionero y le dijo:

—Baltika: tapaste la luz de las estrellas con tu delirio sin fin de posesiones; ahora te quejas de las sombras que caen del techo, lleno de hollín, de tus acciones.

—Por tanto eres candidato a renacer en un mundo perdido en el espacio, y vivir como un ancla rota y oxidada, en un triste muelle, olvidado, donde no atraca ningún navío; allí donde el Sol nunca calienta y hasta la misma niebla muere de frío.

—Porque existen planetas derruidos donde van las almas llenas de ambición, allí sólo se escuchan alaridos, y ninguna ave canta su canción.

Baltika despertó. Su corazón estaba ensombrecido lleno de presagios siniestros. Comprendió que, esta vez, se había chocado con el infierno. Estaba muy asustado y, en medio de un estremecimiento, gritó con su boca llena de amargura:

— **¡Buda, sácame de aquí!**



PARQUE DE LOS GANZOS

En tanto esto ocurría, en otro sitio lejos del palacio la gente se arremolinaba a recibir la fragancia de las palabras del Sakia Muni, el hijo del rey transformado en monje.

Yasas, hijo de un rico mercader, se cortó los cabellos y se unió a los discípulos de Buda. Luego lo hizo el padre de Yasas quien dispuso de sus haciendas para albergar y auxiliar a los peregrinos que brotaban por doquier.

La esposa del rico terrateniente donó túnicas de color azafrán a los discípulos que renunciaban a todo y se unían a la caravana del Sakia Muni (el monje de los Sakias).

Luego se unieron a la escucha de la sabiduría cuatro miembros de las más opulentas familias de la ciudad de Benares: Sabahú, Punyajit, Vimala y Gavampati, los cuales se acogieron al Buda.

Fue así como la fama se extendió con la rapidez del rayo. Su doctrina fue gloriosa al comienzo, posteriormente, y lo será hasta el final de los siglos, porque está basada en leyes que nunca cambian:

“Todo lo que comienza tendrá que terminar. El deseo y la violencia comenzaron y produjeron dolor y muerte. Suprimiendo el deseo y la violencia se terminará con el dolor, la vejez, la enfermedad y la muerte.

Todo cambia menos la ley que produce el cambio. Todo es impermanente. Todo es insustancial y efímero”.

El Óctuple sendero nunca cambiará, no admite reformas, no sobra ni falta nada en él.

Tal es la enseñanza del Buda hasta el final de los tiempos, aquí y en cualquier lugar del Universo donde exista la necesidad urgente de suprimir el dolor.

LOS ADORADORES DEL FUEGO

Por aquella época existía en Uruvilva una secta con numerosos discípulos que adoraban el fuego: Los Jatilas. Kasyapa era el sumo sacerdote, renombrado y respetado como uno de los más grandes sabios en esa comarca.

Viendo Kasyapa que Buda se acercaba seguido de gran multitud, sintió algún recelo, dado que algunos de sus discípulos podían abandonarlo y seguir al Iluminado, pensó:

—Buda tiene gran poder por lo que es el príncipe pero no es tan santo como yo.

No obstante consideró recibirlo e invitarlo al templo. La gente sabía que allí existía un poderoso demonio viviente temido por todos. Gautama tendría que probar su santidad al enfrentarse al temible demonio.

En realidad se trataba de una enorme serpiente la cual era rodeada constantemente por un círculo de fuego. El gigante venenoso, acosado, atacaba ferozmente a quien osaba acercarsele.

Los fieles que visitaban el templo, adoradores del fuego, temían horriblemente a ese demonio que allí acechaba.

Por tanto los fanáticos antes de escuchar a Buda, lo instaron a que se acercara al fuego sagrado y desafiara al temible demonio. Buda aceptó.

Observó el asunto y, con decisión, tomó un guijarro con agua y comenzó a apagar el círculo de fuego que mantenía cautiva la serpiente. El venenoso monstruo, al ver próxima su libertad, en vez de atacar, naturalmente huyó.

Los adoradores del fuego comentaron aterrados que el poder de Buda era superior al demonio que desapareció. Kasyapa, al ver el desconcierto de los Jatilas, en un acto de suprema inteligencia, así les habló a sus discípulos:

Yo me encontraba cubierto por el espeso humo que dejaban las hogueras que yo mismo había encendido, hasta que, en el profundo océano de sabiduría que vertió Buda, descubrí la más preciada perla.

—Hasta hoy fui el conductor de los Jatilas, os dejo en libertad de decisión. Desde ahora pediré humildemente mi iniciación espiritual al Bienaventurado. —Los más ilustres Jatilas respondieron en coro —: Nosotros también haremos lo mismo.

En consecuencia se formó una enorme concentración y Buda pronunció el sermón del fuego.

SERMON DEL FUEGO

—OH, venerable maestro y sabio Kasyapa. ¡Oh Jatilas: Es correcto que en el fuego está todo el saber y la energía divina. Es cierto que allí mora la vida en sutil germen y es cierto que el fuego purifica. Pero es cierto que en todo lo que arde se encuentra también la muerte.

— ¡OH Jatilas! Es ardiente el ojo, ardientes son los pensamientos, ardiente es la piel y ardientes todos los sentidos.

Ese fuego produce la ira, el odio, la envidia, el egoísmo y la avaricia, los cuales son materias altamente inflamables.



—Debéis saber que, mientras ese fuego fatuo encuentre de qué nutrirse, arderá y os quemará. Aparecerán luego las ampollas del dolor, el lamento, la desesperación y la tristeza.

—**Bien sabéis que si un árbol se encuentra en llamas las aves no irán a posarse en él.** Si dentro de alguien arde la pasión y la codicia la paloma espiritual no morará en esa casa de fuego.

—Si tenéis en cuenta esta enseñanza renunciaréis a los ardientes pensamientos, desconfiaréis de las brazas de los sentidos, arrojaréis el tizón de la envidia, os liberaréis del fuego que tanto habéis temido y encontraréis sólo la luz pura de la verdad.

—La redención no se logra por medio de ritos, ni con penitencias, ni con constantes arrepentimientos. Tampoco con rogar a los dioses y menos por medio de santas e injustas preferencias llamadas gracias

divinas hechas a algunos y negadas a otros por un supuesto dios que prefiere y condena a voluntad.

—El hombre tiene que salvarse él mismo mediante sus propios medios. Sufrimos porque tenemos una voluntad y con ella satisfacemos la sed de apetitos y, al satisfacerlos, más aumenta la sed existencial que produce fuego en el alma.

—Más, quien consigue librarse de la voluntad de ser, del ansia de goces aquí o en el cielo, —también perecedero— entonces entrará en el Nirvana eterno e inmovible.

—En consecuencia, no debéis temer tanto al fuego externo que se apaga con agua sino al fuego interno que quema lentamente produciendo un intenso dolor.

—El Sol de la verdad ilumina desde adentro; por eso no busquéis la felicidad en la llama externa que quema el cuerpo sino en la luz interior que vivifica el alma.

Terminadas las sabias palabras toda la comunidad Jatila se acogió al Buda.

www.magnumastron.org